

# El hombre encerrado

## *Parte I*

La habitación era oscura. Una tímida luz atravesaba una pequeña grieta en uno de los bloques de piedra. El hombre no la veía, pero imaginaba que seguía allí. Se encontraba colgado boca abajo de una gruesa cadena de hierro; desnudo, pies y manos atadas y una mordaza cruzada en la boca. Una tela negra le cubría los ojos, apretándole el cráneo con fuerza.

No tenía idea de cuánto tiempo había pasado: horas, días, era imposible saberlo. Entre sueños había visto a una mujer de pelo negro y ojos color jade, llamándole, diciéndole que parara. No podía parar, aún no. Se despertó sobresaltado.

Lo primero que escuchó fueron los pasos. Toc. Toc. Toc. Pisadas toscas y sonoras que delataban un hombre gordo. Con él venía un agudo tintineo, como de un manajo de llaves. Era el carcelero. Movi6 la cabeza hacia ambos costados, tratando de escuchar algo más.

Por la intensidad de sus pisadas, pensó que ya habría atravesado la mitad del pasillo. Más, más y más cerca. Ya no había duda: el carcelero se dirigía hacia su celda.

Repentinamente, los pasos se detuvieron. Escuchó una vieja cancioncilla de burdel y el rechinar de una pesada barra de hierro. Sin previo aviso, el cuerpo del hombre colgado comenzó a aflojarse. Lo último que escuchó fue el lejano tintineo de unas llaves chocando contra el metal. Tras un breve lapso, los abismos de su conciencia lo consumieron y ya no sintió nada más.

El carcelero había comenzado la larga procesión hasta la última celda del pasillo. Ocho habitaciones idénticas, puertas de madera y una rendija corrediza que anunciaba la comida. La novena puerta era de madera reforzada con hierro y contaba con un grueso pasador en el centro.

La antorcha que llevaba alumbraba las puertas y paredes, formando extrañas sombras que danzaban a un ritmo desigual. Una vez ante la puerta, tras apoyar la antorcha en la pared, el carcelero comenzó el penoso trabajo de correr el pasador de

hierro macizo. Una cancioncilla de burdel comenzó a brotar de sus labios, encendiendo su pecho. Acabada la empresa, colocó la llave con brutalidad de ogro y entró en la celda.

— A levantarse, palomita — dijo el hombre regordete, con una sonrisa de oreja a oreja —. Llegó la hora del desplume. ¡No queremos echar a perder la sopa!

No hubo respuesta del hombre que colgaba del techo. Tampoco señales de vida. El carcelero se acercó con cautela y, por lo que pareció una eternidad, el prisionero no se movió.

— ¡Vamos, arriba! ¿A qué estás jugando, malnacido? ¿Piensas que soy estúpido, eh? — gritó el carcelero, al tiempo que golpeaba al otro con el garrote de madera —. No creerás que voy a caer con eso — profirió, dándole otro golpe en las costillas.

El prisionero no reaccionó. El carcelero, ahora molesto, se abalanzó hacia él, buscando su rostro. Al arrancarle la tela negra de la cara contempló, para su asombro, los ojos vacíos, inanimados del otro hombre.

— Amenaza, mi culo. No pudo aguantar ni un día. He tenido vejestorios que se mantuvieron vivos más tiempo. Vamos a ver si de verdad estás muerto — dijo, dándole un duro revés con el garrote en el rostro.

Las facciones, ahora ensangrentadas, no cambiaron de aspecto en ningún momento. El carcelero suspiró, sabiendo lo que tocaba hacer. Desató la cadena de la pared y comenzó a bajar el cadáver con suavidad.

— Sabía que este me traería problemas... Las estrellas no brillan para vos, Pierre, hoy te toca probar el látigo... — se lamentaba, recordando el aspecto tan extraño de ese hombre —. Ningún hombre viene armado al castillo de mi señor. Ningún hombre entra sin ser anunciado. ¡Menos aún, suben a las habitaciones del abad y roban un mapa! — decía, al tiempo que depositaba al hombre en el suelo.

— Ahora el amo seguro me la cobra. ¿Para qué les habré dado la idea...? — se quejaba, mientras desataba al hombre —. “Encárgate de que sufra, pero que viva. Sácale toda la información que puedas” dijo el capitán, y yo lo mato al primer intento. Esto te va a costar caro, Pierre, muy caro...

No había terminado la frase, cuando sintió un dolor agudo en la garganta. Los ojos del hombre muerto lo miraban con rabia. Un horror sin nombre invadió su

cuerpo y le estremeció cada uno de sus huesos. Apartó la mirada, deseando que el horror se fuera. Tras un breve lapso, juntó todas sus fuerzas para mirar de nuevo y lo que vio a continuación lo dejó frío.

Los ojos estaban vacíos, sin vida. Por unos instantes, no supo qué pensar. Rápidamente, sacudió los brazos y maldijo con palabras apresuradas, como queriendo arrancarse un embrujo.

— Termina ya con las niñerías, Pierre, ¿ahora hasta los prisioneros te asustan? No creía que fueras tan poco hombre — se decía, tratando de quitarse esos ojos de su cabeza.

Pero no eran ojos de hombre.

— Esos ojos de perro con rabia... — susurró y una sensación extraña comenzó a trepar por su espalda. En su vida de carcelero, nadie lo había mirado así. Era como si el Diablo en persona lo hubiese atravesado con la mirada, reclamando su alma.

Una pulsación comenzó a atacar su ojo izquierdo. Su respiración era agitada. El carcelero se dio cuenta, por lo que intentó recobrar la compostura. Previendo la ira de su amo — había matado a un intruso sin siquiera descubrir qué buscaba en el castillo — juntó todo el coraje que pudo y se dirigió a dar el aviso.

Atravesó el largo corredor y llegó ante una escalera en espiral que daba al segundo piso del castillo. La subió y al llegar arriba el camino terminaba en una ancha escalera que ascendía de este a oeste desde el primer piso. Subió un par de escalones y se detuvo ante una campana ubicada en la pared norte, la cual daba a la gran abadía del castillo. Ésta era tan grande que ocupaba los pisos segundo y tercero.

La gran escalera no tenía techo, así que Pierre notó con claridad que pronto sería de noche. Tocó la campana. Una, dos, tres veces. De nuevo. Una, dos, tres veces. El aviso de que uno de los prisioneros había muerto.

La escalera en la que Pierre se encontraba era varias veces más extensa que el calabozo y estaba hecho con la misma piedra sólida que aquel; una obra de ingeniería gigantesca, aunque un tanto solitaria por estas horas. Al anochecer, el amplio corredor contaba con la luz de las estrellas. Una luz intrigante y bella, sí, pero difícilmente útil.

Como ésta no bastaba para alumbrar el camino, la escalera tenía, como todas las demás partes del castillo, varias antorchas separadas por una distancia considerable. De esta manera, era muy difícil no notar si alguien deambulaba por el castillo. Así es como Pierre notó la presencia de los dos idiotas, sirvientes que todavía estaban verdes y se movían con paso lastimero.

— Vayan a la celda y traigan el cuerpo. Y que sea rápido, o haré que los azoten de nuevo — lapidó Pierre, sin mediar más palabra.

Ambos mantuvieron la compostura hasta que hubieron bajado la escalera, para luego descargar su odio hacia el maestro de celdas.

Tras un breve momento, los idiotas trajeron el cuerpo y lo depositaron a sus pies.

— Aquí está. Como pidió. ¿Tenemos permiso para irnos, maestro? — preguntó el más inteligente.

— ¿Permiso para no hacer más nada, quieres decir? — se burló el carcelero — . No. Llevarán el cuerpo a los salones inferiores como de costumbre y lo dejarán con el enterrador. Luego, irán a la bodega a traer mi vino y lo llevarán a mis aposentos. Después, hagan lo que quieran, pero mañana los quiero levantados a primeras, ¿entendido?

— Sí, maestro — dijeron.

— Pues vayan rápido y no lo arruinen. Estaré esperándoos en mis aposentos — finalizó Pierre, con un tono de voz desprovisto de emoción.

— Sí, maestro — contestaron nuevamente por reflejo, tras lo cual se marcharon.

Antes de ir a sus aposentos, Pierre volvió a bajar al calabozo y verificó que todas las celdas estuvieran debidamente cerradas. Nunca se sabe con sirvientes tan inútiles... Para su asombro, todas las celdas lo estaban y nada parecía fuera de lo normal. Algún que otro quejido lastimoso aquí y allá. Sin embargo, al mirar por la rendija del hombre que había muerto, un escalofrío le subió de nuevo por la espalda.

“Hay algo que no me gusta. Nada de esto está bien”, se decía una y otra vez.

Subió nuevamente y enfiló hacia sus aposentos. No podía creer que se estuviera poniendo miedoso. ¿Él? ¿El maestro de celdas, quien había torturado a nobles de

renombre sin jamás pagar las consecuencias? ¿Él, quien contaba con la protección de su amo? Algo no estaba bien.

Algún tiempo más tarde, se encontraba colocando la llave de su habitación cuando de repente todos sus miedos se hicieron realidad. ¡El hombre muerto estaba parado frente a él, completamente desnudo y con un cuchillo en la mano!

— ¡Por todos los dios...! — gritó el carcelero con horror, pero antes de que pudiera terminar, el otro hombre lo inmovilizó y enmudeció en un mismo abrazo. Sintió la punta del cuchillo en su garganta y una voz sepulcral que le susurró al oído:

— Si emites otro sonido, eres hombre muerto.

El carcelero estaba pálido como un cadáver, incapaz de volver a hablar.

— He visto en tu interior, sádico cerdo. Te he pesado y te he medido y sentencio que no vale la pena salvarte. Sin embargo... — la expresión de aquel hombre misterioso mudó en una sonrisa cínica — todavía puedes servirme y quizá, si lo haces, te perdone la vida.

El carcelero levantó las manos con suavidad y el hombre misterioso entendió lo que quería decirle. Aflojó su abrazo y liberó su boca.

— Haré... to-to-todo lo que me pi-pi-das — el carcelero jamás había sentido tanto miedo, ni siquiera frente a su amo —, pero por favor, no me ma-mates. Tengo seis hijos y una esposa que alimentar...

— Lo hubieras pensado mejor antes de convertirte en una miserable alimaña, ¿no lo crees? — dijo el hombre misterioso, chasqueando los dientes —. Mas por Isaías que te dejaré ir, pues me has rogado por ellos... pero solo si haces exactamente lo que te diga... Ah, y por cierto... ¿en qué día estamos?

## ***Parte II: El mensaje***

La habitación era espaciosa y llena de luz; no una luz cegadora, sino tenue, fría. Provenía de seis candeleros de mechas pequeñas — dos en la pared norte y dos en la pared sur, más otros dos, uno a cada lado, en las paredes restantes — que devolvían imágenes de belleza y suntuosidad.

Tres sillones de la más fina madera, tallados por los grandes maestros artesanos de París adornaban la cámara. Se encontraban colocados en su centro en forma de U invertida, mirando a la pared sur; el extremo faltante, un tanto más atrás, estaba coronado por una inmensa silla de oro. Ángeles y Demonios esculpidos habitaban las paredes de piedra y a cada lado de estos seres se extendía un largo tapiz carmesí. Pero quizás lo más inquietante –sin tan solo fuera cierto– es que la gran sala no tenía ventanas.

Al fondo y sobre un altar de granito yacía un largo féretro de piedra negra con relieves en oro y plata. La vista era encantadora y tétrica. Había un aire de muerte que helaba los huesos... Y, sin embargo, las paredes hablaban de una larga vida, una vida de riqueza y plenitud, opulencia y virtud; de un vampiro llamado Val.

Tres veces tocó a la puerta y aguardó la respuesta. El maestro de cámara era un sirviente ejemplar: vestido con suntuosidad, de modales atentos, apasionado por el detalle.

– Entra – contestó una voz gélida.

El maestro abrió la puerta con su cautela habitual y la cerró con igual destreza. Caminó hasta el centro de la gran cámara y se detuvo.

– Su excelencia – comenzó, como debe iniciarse un intercambio de este orden – , el maestro de celdas solicita una audiencia con vuestra merced. Ha dicho que es un asunto que no puede esperar.

Quien escuchaba no se encontraba ante él, sino dentro del féretro. Un sonido de piedra contra piedra retumbó en la sala, la cara frontal cedió y el féretro quedó abierto. Una figura salida de la misma piedra asomó la cabeza y unos instantes más tarde dos piernas cadavéricas se incorporaban tras un largo sueño.

– ¿Qué día es, Roland, que debes despertarme de mi largo descanso? ¿Acaso estamos a vísperas de Navidad? ¿El Niño ya llega al pesebre? Si es así, entonces hiciste bien en despertarme. No quiero estar aquí cuando empiecen los preparativos para la fiesta. Ahora, respóndeme, ¿qué día es hoy?

Val sabía perfectamente que no podía ser Navidad, pues Roland lo habría anunciado primero. Además, había escuchado a la perfección sus palabras. Lo que no podía comprender es por qué había sido despertado por un asunto de tan poca

importancia y quería escuchar las razones de semejante osadía. La cara del vampiro se había transfigurado y un hálito de rabia comenzó a tomar forma en una de sus cejas.

—Su excelencia, no estamos en Navidad —respondió Roland, de la forma más natural que pudo—. Lamento mucho despertarlo de su sueño purificador y sé que solamente debía hacerlo si llegaba un invitado distinguido... o un pariente suyo a la región —continuó, inclinándose todo lo humanamente posible—. Le ruego a su merced que disculpe mi incompetencia, pero es que la situación es... urgente.

—Te escucho —contestó el vampiro, ahora intrigado.

—He hablado con el maestro de celdas y parece ser que solicita vuestra presencia en la abadía. Algo relacionado con un cargamento de especias que desea consultar directamente con usted...

—¿Y por qué debo ir allí, en primer lugar? ¿Acaso mis aposentos no son de su agrado? —rugió el vampiro, levantando a Roland del cuello.

—Excelencia, p-or fa-vor... —suplicaba el maestro de cámara, lo mejor que podía— le expli-caré...

Con esto Val lo dejó caer en el suelo. El golpe fue tremendo, ya que Roland no era muy alto y tenía huesos frágiles. Aún así, no profirió queja alguna.

—Gracias, su excelencia. De verdad se lo agradezco —por primera vez, Roland realmente decía lo que pensaba—. Excelencia... el maestro de celdas me mandó decir que el asunto es muy urgente y que no puede verle en otro lado que no sea en la abadía. Además, dice que...

—¿Sí...? —dijo el vampiro, ahora más intrigado que nunca.

—Dice que es un asunto de vida o muerte, mi señor.

—De vida o muerte, dices. Muy bien... entonces será mejor que no le hagamos esperar —concluyó, y una sonrisa cínica se dibujó en sus labios.

La cripta de San Martín era fría, distante. Parecía haber sido cavada por hombres desprovistos de emoción. Y, sin embargo, el ojo atestiguaba una mano cargada de propósito. Anchas columnas se unían en el techo en marcados arcos que se

entrecruzaban como abrazando al caminante, obligándole a admirar su obra. Val se sintió atraído nuevamente por las formas arquetípicas que ese gusto excéntrico pero adusto despertaba en él.

Siguió su camino, sin dudar ni un momento por qué el maestro de celdas lo habría citado allí. Las palabras que le habían dado eran suficientes: “de vida o muerte”. Eso no era algo que el maestro de celdas hubiera dicho jamás. Él era un hombre temeroso, y si había algo que Val sabía con certeza era que un hombre temeroso no levanta su espada ni su palabra contra su amo... a menos que un hombre temerario lo obligue. De cualquier forma, estaba a punto de averiguar quién había tramado todo esto y mataría sin piedad al ingrato.

No debió andar mucho para llegar a la abadía, pues sus aposentos se encontraban justo debajo de ella. Luego de atravesar la vieja cripta, llegó a una escalera en espiral que conectaba con la nave sur de aquella y ascendió con furia en dirección a su presa.

Coronación de un peñasco de vastas dimensiones, la abadía de Saint Michel era una edificación maravillosa. Contaba con ochenta metros de altura erigida a ochenta metros sobre el mar, el cual dos veces al día se precipitaba con fuerza, convirtiendo al peñasco en una fortaleza inexpugnable.

De día, los edificios que rodeaban la abadía, así como la aldea que se encontraba al pie de la gran roca, acrecentaban la maravilla que su simple vista ocasionaba. Pero no todo era un ensueño.

En el exterior yacía un mar de rocas en todas las direcciones y cualquier hombre que quisiera escapar por uno de los ventanales superiores de la abadía no tendría más opción que saltar hacia una muerte segura. Val sabía esto muy bien y por lo mismo estaba seguro de que quienquiera que le hubiera amenazado ya no volvería a ver la luz del día.

Ensimismado en estos pensamientos, el vampiro llegó a la nave sur de la abadía. Pronto pensó en las consecuencias de no ser precavido y entró en la nave con cautela. No era la primera vez que querían sorprenderlo merodeando de noche por el castillo, pero su astucia siempre había prevalecido. Desde donde se encontraba, la abadía se veía completamente desierta, así que tras una breve cavilación se decidió a entrar en la nave principal.



Mientras daba sus primeros pasos, se atrevió a mirar rápidamente la inmensidad de la obra que tenía ante sus ojos, obra que no veía hacía largo tiempo. A diferencia de la cripta de San Martín, cuyo paso frecuentaba, la belleza de la abadía de Saint Michel rayaba en lo apoteósico.

El techo evidenciaba una obra hecha por gigantes, sostenida por pilares y arcadas de piedra no menos grandes. A su derecha, en la cara este de la abadía, los amplios ventanales del coro gótico coronaban la obra con un bellissimo altar de piedra en el centro, donde se celebrara la misa; resultaba evidente el verdadero camino al paraíso. Al frente, en la nave norte, una estatua de San Miguel arcángel levantaba su espada contra un dragón erigido al tiempo que pisaba su cuello; imagen viva del Apocalipsis.

Val recordó la leyenda del monte: cómo San Aubert, obispo de Avranches, fue visitado tres veces por Miguel Arcángel para que erigiera un oratorio en su nombre. Por dos veces se creyó que deliraba y a la tercera, luego de que el abad solicitara al arcángel una prueba para poder creerle, éste imprimió su dedo en el cráneo de Aubert, dejándole una marca que llevaría su vida entera. Ante esto, Aubert se sentiría sobrecogido y erigiría el oratorio que el arcángel le pidiera.

Si Val tuviera corazón se habría sentido maravillado por todo aquello, pero más de seiscientos años sobre la tierra le habían enseñado alguna cosa. Los cuentos felices no eran más que historias vanas y la vida se encargaba de enseñártelo.

Esta noche no sería diferente. Su adversario no se hizo esperar.

### ***Parte III: Justicia***

Antes de que el hombre saliera de las sombras, Val ya había notado su presencia, lo cual le provocó una leve sonrisa. De repente, recordando la solemnidad de la empresa, recitó:

*Peligro del mar era llamado  
porque muy a menudo han encontrado  
la muerte, pasando, peregrinos,  
que el mar había ahogado*

*o a la ida o a la vuelta*

—El Abad Guillermo de Saint-Pair tenía verdadero gusto para la poesía. Lo sé con propiedad —declaró Val—. Ahora dime, peregrino... ¿qué buscas en mi mar? Habla con franqueza y te perdonaré la vida —una vez más, una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

El misterioso hombre salió detrás de una de las grandes columnas que sostenían el coro gótico y caminó con paso cauteloso pero firme la pequeña distancia que lo separaba del vampiro. Con cada movimiento, mantuvo la mirada fija en los ojos ardientes de ese ser hecho de piedra y cal hasta colocarse a pocos pasos del altar.

Llevaba un atuendo extraño, extranjero, y podía notarse que había venido de lejos. Blandía un sable árabe en su mano derecha, el cual apuntaba al rostro del vampiro. Sus ojos bailaban animados.

—Mi nombre es Juan Pretor —comenzó a decir en un francés con marcado acento andalusí— y he venido a hacerte una oferta. Puedes elegir retirarte de este recinto sagrado y acabar con tus días de esclavizar y asesinar personas inocentes o... —Juan ladeó la cabeza suavemente, luciendo una amplia sonrisa— puedes seguir en donde estás parado y prepararte para recibir tu castigo divino —declaró, y en sus ojos refulgía ahora una luz peculiar—. Adivino que será lo segundo.

—¿Te atreves a hablarle así al señor de este castillo? ¡Insolente! —clamó el vampiro.

Sus uñas crecieron de repente y se transformaron en temibles garras. Era esta una habilidad que los vampiros más longevos tenían: poder alterar ciertas partes de su cuerpo a su antojo.

—No sé que locura te habrá traído hasta aquí, andalusí, pero no permitiré que me falten el respeto en mi castillo. ¡Te azotaré hasta que ya no quede sangre en tu espalda! —exclamó Val, lanzándose hacia delante con un brazo extendido hacia atrás y el otro cubriendo su pecho.

—¡Inténtalo! —espetó Juan, y así dio comienzo una batalla como pocas se habían visto.

El vampiro era muy veloz. Demasiado. Juan no recordaba que otro combate le hubiera costado lo que aquel. Su sable danzaba a una velocidad vertiginosa, en

ángulos oblicuos y rectos, pero a duras penas lograba contener el embate de las garras del vampiro. Estas eran tan largas como una mano e igual de duras que el acero. Y, por si fuera poco, al contacto con su sable, lo apartaban con facilidad.

Vueltas y vueltas dieron alrededor del altar, en los escalones que daban al coro y todo alrededor de éste. La batalla parecía no terminar y Val no daba señales de querer parar.

Al cabo de un tiempo, Juan comenzó a cansarse, y Val, aprovechando la oportunidad que le brindó su oponente al dejar su brazo izquierdo al descubierto, lo arañó con toda su rabia.

Juan se agarró el brazo por reflejo y dando una vuelta rápidamente sobre sí mismo se apartó del vampiro. Esto no estaba saliendo como él esperaba. Si el ritmo de la pelea continuaba así, no faltaría mucho para que ese repugnante ser le clavara los colmillos en su cuello. Debía pensar en algo, imperiosamente.

Decidió colocar el brazo ensangrentado fuera del alcance del vampiro y, adelantando el brazo que sostenía la espada, adoptó una postura a todas luces defensiva.

Val no pudo contener una risa.

—Ja, ja, ja. ¿Así que este era el hombre que enviaste para matarme? —vociferó el vampiro, extendiendo sus brazos y clavando su mirada en el techo de la abadía—. ¿Es esto todo lo que tienes? —sentenció, jactancioso.

—Aún no hemos terminado, infeliz. Mírame bien. Te lo ordeno. ¡Mírame bien! Porque éste será el último rostro que veas en esta vida —dijo Juan, con una voz que carecía por completo de alegría—. Durante dos meses estuve estudiando tus fechorías. Observé cuidadosamente tus movimientos. Siempre esperando, siempre en las sombras... Observando como atraías una tras otra a tus víctimas, personas que venían de lejos en busca de paz, oración, cobijo... y ¡tú les arrebatabas el alma, para luego desaparecerlas en el mar! —gritó Juan, exasperado—. ¡Hoy es el día de la expiación!

Con este último grito se lanzó hacia adelante y arremetió con todas sus fuerzas contra el vampiro. Pero éste, aprovechando la pasión exacerbada de su oponente, contrarrestó la arremetida a fondo con un bloqueo de lado y con el brazo libre le

arañó el pecho. Luego lo pateó en el mismo lugar con gran fuerza y esto hizo que Juan volara por varios metros hasta caer cerca de los escalones del coro.

—Debo decir que eres admirable, caballero —comenzó Val—. No había sentido tal arrojado desde que peleé como bizantino ante las fuerzas del general Jolid Rashidun.

—Tú jamás peleaste por la cristiandad —contestó Juan, incorporándose como pudo hasta quedar con una rodilla flexionada y la otra en el suelo.

—Morí por la cristiandad, mi querido caballero. Di mi vida por retomar Damasco y ¿para qué? ¿Para que aquellos que me llamaron a las armas tuvieran más poder? ¿Para encontrar la muerte cuando reyes y obispos se regocijaban en sus placeres? No, mi muerte ese día fue una bendición. Mi única bendición. Cuando yacía moribundo, un hombre con aspecto de moro se me acercó y me ofreció la vida eterna, a cambio de mi lealtad. Se la di sin dudar y aquí estoy, pero no gracias a mi amor por la cristiandad.

—¿Y esta es la vida que alabas? —replicó Juan, irguiéndose por fin. Eres un asesino, un réprobo, una maldición de la creación que solo propaga muerte, codicia y maldad allí por donde pasa.

—¿Realmente crees que estoy propagando eso en verdad? Yo solamente le he dado a este castillo lo que mis lacayos desean. Desde que llegué, nadie a tenido menos de lo que ha querido.

—Mientes —insistió Juan.

—Hablo con la verdad. Si me permites, deja que te cuente una historia —declaró Val—. Todo el mundo conoce el arrojado y la piedad de los benedictinos, así que no me fue fácil introducirme en este castillo en un primer momento. Pero desde que llegué a él, hace más de cincuenta años atrás, me di cuenta que debía hacerlo mío, pues, aún en esa época lejana, parecía una fortaleza inconquistable; un lugar donde poder vivir sin experimentar la vida tumultuosa del mundo cristiano.

—Por ello —continuó—, cuando a comienzos del mandato de Robert de Torigini llegué como peregrino, sin nada más que mi bastón y unas ropas viejas, en seguida me di cuenta de que debía profesar mi fe demostrando verdadera unción. Así, asistí a todas las misas e hice numerosos actos de expiación, ocupándome de ser visto en

todo momento. En poco tiempo, me había ganado el afecto del abad y a partir de allí, todo lo demás fue sencillo.

El vampiro volvió a reír, pero esta vez con un aire de orgullo y autoridad; sus ojos centellaban de placer.

—Verás, caballero, a pesar de que el ilustrísimo abad tenía una fe profunda y jamás hubiera cedido ante mí, los monjes más jóvenes podían ser manipulados con facilidad. Lo único que necesité es pasar una noche con cada uno para poder transformarlos en mis lacayos —dijo Val, riendo de manera repulsiva y sarcástica, lo que ocasionó que Juan apretara la empuñadura de su espada con fuerza—. Desde entonces no hacen más que cumplir todos mis deseos. ¿Cómo crees, sino, que no se habrían dado cuenta que todos los cadáveres de peregrinos que llegan a la orilla tienen mordidas en el cuello? —lo increpó, con una mirada de completa satisfacción—. ¿O que, válgame Dios, tengo la piel blanca? ¡Ja Ja Ja!

En ese mismo momento, los ojos de Juan parecieron mudar de color y una llama roja relampagueó en su interior. No permitiría que ese ser despreciable siguiera oprimiendo a monjes inocentes —pecadores, pero inocentes al fin—, y mucho menos que se aprovechara de pobres diablos; personas que venían de lejos en busca de abrigo o consuelo y en su lugar encontraban la fatalidad de la muerte... ¡Ya no más! ¡Esto debía acabar!

Juan saltó hacia adelante como una tormenta. Su sable ya no buscaba ni defendía; cortaba. Val lanzó gritos de dolor y entendió que esta vez su oponente iba en serio. Hizo todo lo que pudo para detener esa ira incontrolada, pero sus garras ya no podían alcanzarle. Su retador era fuego y rabia.

En un último intento por detener su embestida, Val paró la espada con su mano izquierda, recibiendo un corte profundo en la palma. Profirió un grito agudo, rabioso, pero detuvo el sable lo suficiente para intentar alcanzar el rostro de su adversario. Juan se adelantó al movimiento y, sacando una daga de detrás del cinto con su mano izquierda, frenó las garras del vampiro justo por encima de su cabeza.

La rabia del vampiro explotó y pateó a Juan por segunda vez en el pecho. Esto lo proyectó varios metros hacia atrás, pero esta vez no perdió el equilibrio y logró mantenerse de pie justo delante de los escalones que bajaban del coro. Val estaba perdiendo y lo sabía. Ya no podía arriesgarse. Debía acabarlo rápido.

De repente, un grito proveniente del abismo del infierno inundó la abadía. Era Val, cuyo rostro estaba cambiando y adoptando una forma diabólica. Rasgos de murciélago adelantaban la frente y alargaban sus orejas, las cuales terminaban en filosas puntas. Pero lo más aterrador no era su rostro, sino unas alas negras que salían de su espalda.

Éstas parecían tener vida propia, y, en cuanto terminaron de salir, se extendieron con un golpe seco, proyectando una ráfaga de viento hacia adelante. Juan se tambaleó a los pies de la escalera.

— *¡Maledictus nomen tuum!* — clamó Val, con una voz que cortaba el aire. Esta vez, se abalanzó sobre su enemigo volando hacia delante y, antes de que Juan pudiera detenerlo, lo tomó por el cuello con la mano derecha y lo elevó en el aire, sin detener el vuelo. Con el brazo izquierdo atajó aquel con el cual Juan sostenía su sable y así atravesaron, a gran velocidad, el largo corredor de la abadía.

Cuando estaban por estrellarse contra la puerta que daba a la terraza, Juan estiró el brazo que sostenía la daga y la clavó en el pecho de Val. El dolor hizo que el vampiro perdiera el equilibrio y se estrellara contra la puerta. Ésta se hizo pedazos y Val salió disparado fuera.

Un segundo antes, el vampiro había soltado a Juan, a quien le costó incorporarse tras haber sufrido un apretón tan fuerte en el cuello. Una vez pudo hacerlo, corrió de nuevo en dirección al coro gótico. Antes de llegar, quitó de la pared una antorcha y siguió su camino hacia el altar.

En la nave norte, Miguel Arcángel observaba, impasible. Su boca no emitía palabra alguna, pero sus ojos mostraban resolución.

¿Crees que correr de nuevo hacia el altar te protegerá de mí, maldito? — gritó Val, incorporándose al fin y atravesando el marco de la puerta—. ¿Crees que tu Dios te protegerá de mí? ¡Él no tiene poder aquí! — gritó nuevamente con un odio bestial, preparándose para emprender nuevamente el vuelo.

Juan se encontraba de espaldas al altar, con los ojos cerrados, sintiendo la brisa fría que ahora entraba por la terraza. Escuchó el alarido del vampiro y supo que había comenzado su vuelo. Escuchó un batir de olas que venía de lejos y siguió escuchando hasta que un murmullo abandonó su boca:

— ¡Deus vult!

En ese momento, la antorcha salió disparada de su mano y rompió el ventanal que se encontraba a su derecha. El vampiro ya cruzaba la abadía en raudo vuelo. Juan se dio vuelta rápidamente, se subió al altar y esperó, espada en mano, la embestida de la bestia alada.

Val ya saboreaba su presa. Sus sentidos no querían más que acabarla. Se encontraba a menos de tres metros cuando profirió un grito que resonó por toda la abadía:

— ¡Muérete! — gritó con todas sus fuerzas. Un segundo más tarde, una gran roca atravesó la pared de piedra y pasó justo frente a él. El vampiro se detuvo en pleno vuelo, extendiendo sus brazos y sus alas.

Detrás de la gran roca saltó Juan y su sable se enterró en el pecho del vampiro. El grito de Val hizo temblar la piedra y así es como éste supo que moría. Apretó el cuello de Juan con ambas manos y lo elevó sobre su cabeza. Pero éste, aprovechando la equivocación de su oponente, tiró de su cuerpo hacia abajo y le hundió la hoja por completo. Val se desplomó hacia atrás, lanzando a Juan a un lado.

— Mal-dito — dijo Val, agonizando de dolor —. Me has en... gañado. Nunca... creí... que tuvieras...

— ¿A alguien que me ayude? — dijo Juan, levantándose nuevamente de la fría piedra —. Te equivocas, no es cualquier ayuda. Quien se encuentra en este momento a las puertas del castillo es nada menos que Thouars. Guido de Thouars.

— ¡Thouars! — clamó el vampiro —. Ese desgraciado... ha querido mi monte... durante mucho... tiempo... — dijo Val, gimiendo de dolor. La sangre le brotaba ya por todo el pecho.

— Y yo le prometí que lo tendría — contestó Juan —, si atacaba el monte a la noche siguiente a mi captura. Verás, yo no sabía si sobreviviría. Mas un sitio al monte desde fuera era impensable. Éste solo podía ser conquistado desde dentro, pues el único ser capaz de detener un sitio, como ya había ocurrido en el pasado, se encontraba en su interior.

—Un plan perfecto... debo admitir —concluyó Val—. ¿Pero... por qué servir a esa rata... avara... de Thouars? Eres mejor que eso... caballero... tu espada... lo ha demostrado.

—No estoy interesado en nada que Thouars pueda darme —replicó—. Solamente lo utilicé para que plantara un sitio al monte y entretuviera a los soldados mientras yo te mataba. No me interesa si Thouars gana o pierde. Yo vine por ti —dijo, apuntando su sable hacia Val—. Eres un hijo de la iniquidad y has asesinado a demasiadas personas en tu larga y miserable vida. No tengo que justificar mis actos.

—Tú no eres mejor... que yo —replicó el vampiro, agonizando—. Lo he visto en tus ojos. Pero adelante... termina con esto.

—Es cierto —dijo Juan—. Yo no soy mejor. Pero al menos no soy una bestia, y no asesino inocentes. Tú mereces morir y este monte, sus sirvientes y sus peregrinos, que llegan de lejos en busca de paz, por el contrario, merecen vivir. Por largo tiempo has tomado vidas injustamente. Ya no más.

—Adelante —concluyó Val—. Ter-mínalo.

Juan se acercó al vampiro y arrancó de un tirón la espada de su pecho. El vampiro gritó de dolor y nuevamente un estallido de rabia se hizo presente en sus ojos. Pero no podía moverse, pues el dolor de las múltiples heridas y el desgaste que le había producido la transformación se lo impedían.

—Si quieres saberlo —dijo Juan—, yo no disfruto esto. Nunca lo hice.

Los ojos de Val se encontraron con los de Juan, y el primero supo que no mentía.

—Pero es lo que debo hacer. No hay otra salida.

—Hazlo. Soy lo que soy y no tengo intenciones de... mudar de parecer —respondió el vampiro.

Un breve momento de vacilación y luego le separó la cabeza con el sable. El vampiro había muerto. Juan había vencido.

Aún así, un aire de culpa le inundaba ahora el pecho. No sabía el porqué, pero se dijo que había hecho lo correcto.

Momentos más tarde, el carcelero entró por la escalera que provenía de la nave sur.



—Es un infierno afuera, mi señor. El fuego lo quema todo. Hay una muchedumbre que quiere tomar el mont...

Cuando llegó a donde estaban, observó, sorprendido, el cuerpo sin vida de Val y la figura esbelta, sombría, de Juan.

—¿Cómo puede ser posible? —dijo el carcelero—. ¿Y cómo es que no siento dolor? Le he servido por más de veinte años.

—Nunca fuiste tú mismo, Pierre —contestó Juan—, así como nadie en este castillo. Ahora que se fue, todos pueden retomar sus vidas donde las dejaron... O al menos eso espero.

—Te lo agradezco, señor. Pero... por favor... antes de que te vayas... ¿Podrías decirme qué... quién eres en realidad?

—Mi nombre es Juan Pretor y no soy más que un vagabundo que busca la verdad y hacer el bien, allí donde Dios me lleve. Mi trabajo aquí está hecho y ahora vuelvo al camino. Dios te guíe, mi amigo, pues estos son tiempos mezquinos.

Y así desapareció el vagabundo, con su sable atado al cinto y los recuerdos de un día aterrador. De alguna manera, pensó, el vampiro había tenido una muerte digna, y las almas de aquellos que habían muerto bajo su mano podían, finalmente, descansar en paz. El trabajo estaba hecho; ya no había que mirar atrás.